

PERONISMO PARA LA JUVENTUD



NATALÍ INCAMINATO

@Lalnca_

PAIDÓS

NATALÍ INCAMINATO

@LaInca_

PERONISMO PARA LA JUVENTUD

Sobre la gordura en la era del espectáculo

 **PAIDÓS**

CAPÍTULO 1

PERONISMO BEGINS

El peronismo es el rizoma argentino.

ALEJANDRO RUBIO, *Autobiografía podrida*

¿Qué ha pasado? Participar de las odiosas categorías de millennial o centennial constituye un verdadero obstáculo epistemológico para asediar algo tan denso y problemático como el peronismo. Hubo bardo, hubo tiros, hubo amores, traiciones y episodios truculentos por demás. Por momentos, entre nosotros y todo eso hay, simplemente, un escándalo existencial: ¿qué es eso de distintas facciones recagándose a tiros en Ezeiza ante la llegada del General? ¿No podían resolver sus problemas con escraches en las redes o bloqueos de WhatsApp? Intentemos explorar los orígenes de la larga tradición de todos estos años: Perón begins.

En el principio, no hubo *un* origen del peronismo. Este acontecimiento fundamental para la argentina (“El peronismo es tan indispensable como

Borges”, Sarlo dixit)¹ fue interpretado de muchas maneras a lo largo de los años, tanto en los estudios académicos como en la vida social y política.

Cuando uno navega las procelosas aguas de la hermenéutica sobre el fenómeno visualiza distintas posturas: para algunos, el peronismo no nació con Perón, sino con una previa de industrialización sin la famosa “redistribución” en la Década Infame (la del treinta), comandada por el enhiesto basureo elitista en una sociedad fuertemente jerárquica. Para otros, los comienzos se dieron con Perón como secretario de Trabajo desde 1943, en su rol de seducir a la clase trabajadora y satisfacer demandas para frenar el “peligro” de que el comunismo prendiera en las masas. Desde otras interpretaciones, el peronismo comienza con los planes económicos puestos en marcha por el General luego de ganadas las elecciones y, también, con la instauración del Estado peronista y sus mecanismos de propaganda.

En todas estas localizaciones del origen se recorta un aspecto, una parte de lo que fue un fenómeno muy complejo que no analizaremos seriamente, pues en este libro se trata de pensar con vocación titilante y pasarla bien, aunque sí podemos seleccionar uno de

1. Beatriz Sarlo, “El peronismo es tan indispensable como Borges” (entrevista), *La Nación*, 30 de abril de 2011; disponible en: <fina.ly/kgvty>.

los hitos de la hagiografía herética peronista: el 17 de octubre.

Una de las explicaciones histórico-sociológicas de esta irrupción popular puede expresarse en los siguientes términos: la gente estaba hinchada las pelotas, tenía las bolas y los papos jibarizados y los cargaba en remolque. La cajetoidea Década Infame hizo honor a su denominación retrospectiva: el Estado estaba a cargo de las fuerzas conservadoras “oligárquicas”, hacían fraude electoral, Uriburu tenía una cara de forro indisimulable..., en fin, no les faltaba una. Repasemos generalidades (sí, esto entra en el parcial): década de 1930-1940, desconche mundial y recesión. Argentina responde al descalabro global con la producción de manufacturas que antes se importaban: el ballet cósmico de la industrialización argentina ha comenzado y sucede bajo un gobierno de signo conservador. Por supuesto, conservadores gonna conservadorear: el crecimiento de la producción industrial no implicó beneficios para la clase trabajadora, cuyos sueldos eran pésimos, y la legislación laboral y social era escasa. El apoyo a la industria de estos garqueishons no implicó la adopción de orientaciones sociales y políticas “progresistas” que anularan los privilegios de las clases tradicionales y que apuntaran a una mayor igualdad y participación política de las clases populares. Un clásico: Argentina, un país atendido por sus propios dueños.

El peronismo, entonces, fue atractivo para la clase trabajadora porque tuvo la capacidad de articular penurias económicas con deseos de participación política; tal como se lee en Enrique Santos Discépolo, “yo no lo inventé a Perón ni a Evita Perón ni a su doctrina. Nos trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habían enterrado en un largo camino de miseria. Nacieron de vos, por vos y para vos”.² En efecto, es notable la fuerza que ha tenido, y tiene, el peronismo para generar adhesiones por la negativa, esto es, por el miedo o el desprecio ante lo que se le opone. En 1945, en la vereda de enfrente del General se encontraban los intereses de sectores que, en su fiesta lúbrica de acumulación capitalista con mármol de Carrara y literatura francesa, habían dejado afuera de la distribución del ingreso a los obreros. No sé ustedes, pero visualizo con claridad meridiana de qué lado quiero estar. Es como elegir entre garche triste y desesperado con ex pareja conflictiva o salida de verano con ese o esa que todavía no entendés por qué error gramatical en la composición molecular del universo te dio bola.

Tenemos, entonces, una situación de profunda desigualdad social y poco reparto de la chocotorta

2. Enrique Santos Discépolo, “Yo no lo inventé a Perón”, en el programa *Pienso y digo lo que pienso* (rebautizado *¿A mí me la vas a contar?*), Radio Nacional, 10 de noviembre de 1951.

nacional. Pero además, según el especialista Daniel James, hubo otra cosa. (Sí, se viene momento cita académica, tengan paciencia, no se aburran, van a ver que está bueno el planteo.) James dice que al subrayar todo el tiempo la dimensión social de la ciudadanía, Perón desafiaba explícitamente la idea de la democracia limitada al goce de los derechos políticos formales que sostenían sus opositores, y ampliaba ese concepto hasta incluir la participación en la vida social y económica de la nación.³ Estas perspectivas contrapuestas se vieron en la campaña electoral de 1946: la Unión Democrática (los contreras a Perón, mezclanza un poco rara de distintos partidos que incluía a la izquierda) se expresaba con las consignas democráticas liberales sin mencionar en sus discursos el tema social; los núcleos eran “Libertad”, “Democracia”, “Constitución”, “Libertad de palabra”. Ya lo sé: se les materializó en la retina un Juan José Sebreli en chancletas y un Federico Pinedo rascándose los huevos con un poncho de Cardón.

En contrapartida, Perón recordaba que detrás de esos conceptos abstractos había divisiones económicas y que la democracia sólo era posible si se afrontaba con justicia esa problemática social. En un discurso de julio de 1945, por ejemplo, sostuvo que “si

3. Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

algunos piden libertad, nosotros también la pedimos, pero no la libertad del fraude. Ni tampoco la libertad de vender al país ni la de explotar al pueblo trabajador".⁴ Teléfono, oh zángano rey don Mauricio Macri. Como podemos ver, la batalla en contra de los que utilizan el concepto de libertad para defender sociedades desiguales es bastante vieja y precede incluso al capilar inenarrable de Javier Milei cosechando fans en Twitter.

Mientras los opositores sólo veían con temor la amenaza de un gran meo fétido en los adánicos portones de la República, la clase trabajadora se sintió atraída por un discurso que apelaba a mejoras concretas en la calidad de vida y a la participación de las y los obreros en la esfera pública. La voluntad e interés de este sector social, por supuesto, fue desde los inicios objeto de distintas interpretaciones, muchas de las cuales tienen sus reverberaciones en el presente. Algunos científicos sociales cuestionaron a esos trabajadores seguidores del peronismo, ya que los visualizaban como integrantes de una masa irreflexiva y emocional que carecía de conciencia real de clase y podían, por lo tanto, ser fácilmente engañados por un líder cuasifascista (o directamente fascista). Como sabrán, este tipo de representaciones se encuentran

4. Citado por Félix Luna, *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

en muchos agentes políticos actuales —y no solamente en el prodigio neuronal de Fernando Iglesias—; es como si la sombra de la impostura y el engaño de las masas ingenuas o brutas persiguiera, cual espectro, al peronismo. La gente que vota y quiere a las figuras peronistas es emocional, boluda, planera: les pagan y van a las marchas por el chori y el vino en cartón, mientras que enfrente se encuentran los ciudadanos esclarecidos y racionales que participan de manifestaciones “espontáneas” y hablan mucho de “valores”.

El peronismo, desde sus inicios, viene acompañado de los imaginarios de invasión que dieron tanto de comer a investigadores y literatos. Estas personas que aterrizaban como haciendo culipatín por la montaña de la Urbe Civilizada eran “extrañas” para la mirada citadina y, en buena medida, integrantes “nuevos” del mundo del trabajo provenientes de las provincias del interior. En rigor, esta idea de invasión de migrantes internos “nuevos” no se sostiene mucho: está demostrado que, por un lado, quien primero se peronizó fue la “vieja” clase obrera proveniente de tradiciones ideológicas antiguas (anarquistas, socialistas, etc.) y, por otro lado, los migrantes no vinieron directamente de la zona rural a Buenos Aires sino que había escalas intermedias de desplazamiento que finalmente terminaban en la capital o en el conurbano bonaerense. De todos modos, el mito de la irrupción no autorizada de las huestes atilescas descamisadas se instaló en

las élites y generó imaginarios y disposiciones políticas de todo tipo.

El 17 de octubre de 1945 es la fecha del acontecimiento peronista. Ese día, una enorme cantidad de personas se movilizó para exigir la liberación de Perón, quien había sido apresado en la Isla Martín García debido a los recelos que generó en el ejército ocupante del gobierno. La gestión de Perón en la Secretaría de Trabajo suscitó el apoyo de los gremios y su figura crecía a la par de sus detractores: el embajador estadounidense Braden, La Bolsa de Comercio, la Cámara Argentina de Comercio y la clase media y alta se manifestaron en varias ocasiones en contra de las políticas laborales de esa secretaría. Debido a este clima de presiones y desconfianzas, el “presidente” de facto Edelmiro Farrell ordenó la detención de Perón el 12 de octubre de 1945 y su traslado a la isla.

Luego, la irrupción: miles y miles se acercaron a la Plaza de Mayo para pedir por quien, en su rol de secretario de Trabajo, había dado cauce a muchas demandas de la clase obrera de larga data. Sin embargo, las formas de la movilización tuvieron significados más amplios que excedieron ese objetivo puntual: se ve que había una atmósfera de “fiesta grande”, como dijo Félix Luna.⁵ La prensa comunista, por su parte, habló en forma despectiva de los grupos con “aspecto de

5. *Ibíd.*

murga” que participaron en la manifestación, aunque dentro de todo fueron respetuosos y evitaron usar la expresión “aspecto de roñoso delincuente fumaporrro”. Esta tónica festiva de la primera manifestación peronista de la historia perdura hasta nuestros días: los choripanes, los bombos, las pancartas..., la diversidad de las marchas peronistas contrasta con las procesiones chillonas de los enlutados por la República que ondean monótonas banderas argentinas y fajan a un cronista de C5N, o con los cansinos cacerolazos de Susanas y Jorges en ciertos indignados barrios de Capital Federal.

El 17 de octubre es, entonces, la fecha del nacimiento de dos grandes aventuras: por un lado, se activa el imaginario de la invasión, maquinita de relatos y descripciones que sólo puede funcionar desde un centro, un punto de vista: el de los porteños de clase media o alta. Por otro lado, y desde ese centro ocular (?), se efectúa una subversión en la que lo espacial es clave, dado que el espacio es el núcleo de la jerarquía social: las multitudes irreverentes se desplazaron desde los suburbios obreros hasta el centro de la capital, para culminar en la Plaza de Mayo y meter las famosas, y a esta altura gloriosas, “patas en la fuente”. En el trayecto, según crónicas de la época, cantaban canciones de burla hacia la “gente decente” de Barrio Norte, paseantes “naturales” de una plaza que tenía derecho de admisión: sin saco y corbata no te dejaban

entrar. Esta dislocación desestabilizó toda una serie de naturalizaciones y límites fijados con respecto a lo que se podía discutir y expresar legítimamente en el ámbito público. En este punto, es seductor plantear un nexo anacrónico (que no tengo ningún problema en hacer, pues el género ensayo es muy amable con el tirado de fruta): hay una homología entre esa dislocación del 17 de octubre, ese carnaval de inversiones de cuerpos que no tendrían que estar ocupando ciertos espacios, y los movimientos feministas y de disidencia sexual que vemos actualmente en nuestro país. Leopoldo Marechal habló de la emergencia de la “Argentina invisible” y resuena en nuestros oídos la más maravillosa música: “Ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven”. Porque, en definitiva, el peronismo fue el hecho maldito del país normal, esa normalidad que le gusta tanto mentar al antiperonismo vernáculo: los humillados cometen la herejía de ir al centro de la ciudad europeísta y blanca, y son calificados como “extraterrestres” y “extraños”, esto es, como queers, monstruos, como aquello que desafía los esquemas establecidos de clasificación y orden.

El movimiento de inversión, que hoy atestiguamos con términos antaño injuriantes tales como “puta”, “puto”, “maricón” o “feminazi”, también operó con el término “descamisado”. Esta palabra era usada por los antiperonistas antes del triunfo electoral de 1946 para calificar al sector trabajador que apoyaba

a Perón y refería de forma peyorativa a su vestimenta de trabajo sin estatus. Ante eso, el peronismo adoptó el término invirtiendo su valor negativo; ¿ah sí?, ¿“descamisado” con carita de asco? Pues bien, descamisados, y hasta Juan Domingo agitó un palo con una camisa cual antorcha antigarca. Estas inversiones y movilizaciones urbanas tuvieron una fuerte carga blasfematoria y de irreverencia: contra la autoridad simbólica que las élites se habían encargado de erigir, se recupera el orgullo y la autoestima de la clase trabajadora.

En la literatura, uno de los que llevó a cabo este movimiento de inversiones al extremo fue Néstor Perlongher en su relato “Evita vive (en cada hotel organizado)”, de 1975. Dividido en tres partes y con tres voces narrativas diferentes, cuenta escenas en las que Eva Perón se rodea de enfiestados, “reventados” y drogadictos, al tiempo que comparte sus actividades ilícitas y estigmatizadas. Entre orgías y faloperismos varios en los “bajos fondos” se resignifican varias cosas: el carácter “mediador” de Evita entre Perón y el pueblo, su enfermedad y las “acusaciones” gorilas de que era puta. Imaginen el revuelo que generó cuando se publicó en 1989: muchos políticos peronistas que sostenían (y sostienen) una sacralización de la Eva santa y cuasivirgen se ofendieron, y el inevitable diario *La Nación* (y, sí...) lo leyó mal (Y, SÍ) y destiló su ponzoña calificando el texto de Perlongher como

“artículo” que “revelaba” algunos aspectos de la vida de Evita. Nada de eso. Hablamos de literatura y, como tal, la ambigüedad es constitutiva; sin embargo, este relato de Néstor (justo “Néstor”) ha sido leído de una forma que nos gusta: como una llegada de Evita a las luchas políticas de las minorías y como una celebración del cuerpo y del gooooooce, señora presidenta. Porque si hay una formación política a la que el cuerpo, el goce, la fiesta y la desmesura orgiástica se pueden vincular es al peronismo. Detalle de color: en el cuento, literalmente, Evita, en una de las escenas, “tenía las uñas largas muy pintadas de verde —que en ese tiempo era un color muy raro para uñas—”. No tengo nada más que agregar.

Por supuesto, estas resignificaciones son muy molestas para el ala derecha del movimiento, los representantes del PCS, el ortodoxo Peronismo de la Cosa Sana, quienes comparten memes de Paint apurado con las frases antiaborto de Evita y creen que peronismo es comer los raviolos de la vieja y que tu señora no te haga cornudo. Este tipo de esencialismo abomina de toda mezcla e hibridez y no comprende que el peronismo es en buena medida un collage de elementos distintos, de diversas procedencias: Perón reversionó ideas de Yrigoyen, y el peronismo, desde sus inicios, estuvo integrado por jóvenes obreros socialistas y anarquistas. Pretender una unidad identitaria y sustancial es en vano porque, desde el

vamos, hay una paradoja constitutiva: los primeros peronistas, o sea, los que crearon y sostuvieron ese primer gobierno, necesariamente no eran peronistas antes de 1945; todos eran conversos. A ver si tu peronómetro se banca esta paradoja del origen sin explotar, amigo de la gorra de las esencias.

Pero no sólo las clases dominantes reaccionaron con desagrado y alarma ante los acontecimientos del 17 de octubre. También hubo cuestionamientos por izquierda: desde esos sectores, se caracterizaba a los obreros peronistas como “grupos aislados que no representan al verdadero proletariado argentino”. Gino Germani, una figura fundamental en el campo de las ciencias sociales en Argentina —cuyo nombre de diseñador de ropa masculina exitoso en los noventa no puede dejar de ser notado— sostuvo una hipótesis poco favorable para los simpatizantes peronistas: los que propiamente se podían considerar como “obrerros” eran los trabajadores “viejos”, en su mayoría de origen europeo y con mucha experiencia en el ámbito de la disciplina del trabajo industrial. Los adeptos a Perón, en cambio, eran los obreros “nuevos”, migrantes de zonas campesinas “atrasadas” hacia la gran urbe debido al magnetismo del crecimiento industrial. La diferencia entre los “viejos” y los “nuevos”, según Germani, tiene que ver con un tipo específico de relación política: la “nueva” clase obrera sería la base social del “autoritarismo” y del “totalitarismo”,

por tratarse de trabajadores maleables, poco adeptos a la democracia representativa y disponibles para su manipulación cual incauto que cae en publicidad de piedras energéticas buena vibra y compra dos para resolver los nudos del karma. Un clásico sobre la agencia del sujeto peronista: masa irreflexiva que sigue y adora a sus líderes, tal como sucede en los fascismos europeos.

Para las versiones menos razonadas y muy flojas de papeles de esta corriente de pensamiento, el peronismo fue una empresa totalitaria, dictatorial, mussoliniana y nazi que, como tal, se basó fundamentalmente en el engaño y la falsedad. El poeta Alejandro Rubio bardea estas ideas y dice en “Por qué soy peronista”:

Lo máximo que alcanzan los antiperonistas en su comprensión del fenómeno: la gente buena ignorante, en busca de trascendencia semirreligiosa, engañada por un siniestro demagogo. Olvidan que el pueblo peronista no es ingenuo ni crédulo, al contrario, es taimado y pícaro, y se identificó con Perón porque vio en él la versión superior de esas cualidades.⁶

6. Alejandro Rubio, “Por qué soy peronista”, en *La garchofa esmeralda*, Buenos Aires, Mansalva, 2010.

La hipótesis de la impostura es uno de los núcleos que se repiten en eterno retorno hasta hoy. Perón y Evita mentían y, por lo tanto, los obreros que acompañaban sus políticas y los seguían fanáticamente se encontraban bajo el influjo y el mesmerismo diabólico de la utilización maliciosa. En pocas palabras, eran drogadictos y Perón y Eva, su consumo problemático. No se trató de un apoyo por intereses propios o por un vínculo afectivo y político que excedía la sumisión esclava, no; los únicos que no son engañados ni utilizados en este país son los ciudadanos decentes de tez blancuzca y ropa adquirida en un showroom evadeimpuestos de Palermo.

Si bien la historia no se repite (perdón, Marx de *El 18 Brumario...*), es imposible no apreciar el rítor-nelo de estas representaciones a lo largo de los años, especialmente reavivadas en el periodo kirchne-rista: la defensa de los derechos humanos por parte de esos gobiernos era falsa, la preocupación por los pobres una mera estrategia de manipulación, los peronistas son estúpidos y van pagados a las marchas y a cualquier lugar al que los manden como zombis. Este último punto es verdaderamente apasionante: la necesidad de subrayar la “espontaneidad” de las marchas del antiperonismo —cantinela entonada también por políticos macristas y el periodismo mainstream— apunta a dejar en claro que todas esas voluntades no son cooptadas como los planeros votachoris que

van en colectivos pagados con nuestros impuestos. De esta manera, vemos cómo, más allá de la especificidad histórica que tuvo el peronismo, que fue un fenómeno con distintas etapas y muy anclado a ciertos avatares sociales y económicos irrepetibles, un elemento se repite siempre con diferencias pero con mucho aire de familia: el viejo y querido odio de clases a la argentina y su compañero de ruta, el racismo.